



Dócil Aro Sáinz de la Maza

Serie Milo Malart



DESTINO

Dócil

Aro Sáinz
de la Maza

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1489

© Aro Sáinz de la Maza, 2020

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-233-5678-2
Depósito legal: B. 26.453-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Y otro golpe, y otro, y otro más.

La mosca caminó sobre la sangre de su cara y siguió hacia los labios, donde se unió a otra que también pretendía colarse por la boca entreabierta. Las sopló con gesto dormido. La mano que sujetaba la piedra subía y bajaba hasta impactar contra el rostro que tanto quería. El crujir de huesos, las salpicaduras. Se despertó. De fondo oyó unas voces apagadas. Aturdido, de nuevo con la mente nublada, parpadeó varias veces hasta aclarar la vista. Abrazaba un cuerpo ensangrentado en el suelo y se apartó. Luego, se incorporó a duras penas. El dolor le martilleó la cabeza mientras un mareo lo obligaba a permanecer quieto unos segundos. Al cabo, salió de la cocina con paso inseguro y subió descalzo a la planta superior. Una vez en el pasillo, procuró no pisar el charco de sangre ni el cadáver y empujó levemente con el hombro la puerta del cuarto de la pequeña. Dormía con placidez. Respiró hondo. Iba a ser la única superviviente. Como él. Marcada de por vida. Dejó la puerta entornada y bajó a la sala.

Contempló las lámparas rotas, las sillas volcadas, la sangre en el suelo, en las paredes. Por todas partes. No quiso fijarse en el resto de cuerpos y desvió la mirada hacia el televisor encendido, a volumen bajo. Lo ocurrido se abrió paso poco a poco en su mente. Una salida. Marcharse. Ya.

—Sábana, sabiduría, sabotaje, sacrificio...

Se dirigió hacia la puerta sintiéndose fuera de la realidad. A medio camino sintió un vahído y pensó en apoyarse en la pared para no perder el equilibrio. Se contuvo. Todo le daba vueltas.

—Sacrilégio, sádico, salida, salvaje...

Necesitaba salir de allí, respirar aire puro. Y, sobre todo, dejar de oír el zumbido de las moscas. Abrió la puerta con precaución. Aún no había amanecido y las farolas de la calle iluminaban el asfalto. La sensación de irrealidad se acentuó. No recordaba por qué estaba en aquella casa. Tuvo la súbita impresión de que alguien estaba a su lado, muy cerca, observándolo. Aterrado, se giró con lentitud. El espejo le devolvió su imagen. Vio su rostro tumefacto, el reguero rojo oscuro que bajaba desde la herida en la sien hasta el cuello, la sangre reseca que lo empapaba de pies a cabeza. Sus ojos. No se reconoció. Había cambiado. Era otro.

—Sanción, sandalia, sandía, san... sangre.

Antes de que las fuerzas volvieran a abandonarlo, tomó impulsó y salió de la vivienda. Una fuerte ráfaga de viento lo hizo trastabillar. Cerró la puerta con dificultad y, encorvado, descendió los escalones, anduvo sobre la gravilla y traspasó la verja. Echó a andar hacia el parque. Se detuvo. Presintió peligro, podía estar escondido por el barrio, aguardando. Protección. Necesitaba protección. Dio media vuelta y se dirigió hacia la montaña para alejarse de la zona. Con paso renqueante, llegó a las escaleras que conducían a la avenida Miramar y cambió de letra.

—Paciente, pacífico, pacto, padecer...

Las señales de amenaza aumentaron. Debía ponerse a salvo con urgencia y aceleró el ritmo. Con las prisas, tropezó y se cayó en el último tramo. Una miríada de luces estalló en su mente mientras el resto se volvía oscuro y un alfilerazo de dolor le atravesaba el cerebro. Empezó a manar sangre de la brecha en la frente. Se puso boca arriba y aguardó inmóvil unos momentos.

Al abrir los ojos, lo vio todo borroso. Alarmado, palpó el suelo con desesperación. Era inútil, de noche jamás la encontraría. Como en una pesadilla, creyó vislumbrar que las frondas de los árboles, sacudidas por el viento, se combaban hacia él para aplastarlo.

—Padre, pagano, pájaro, pala...

Se levantó como pudo y llegó hasta la avenida. A partir de ahí era cuesta abajo y procuró calmarse. Tomó en dirección al Palacio Nacional, bien pegado a los setos, lejos de la luz de las farolas. A aquellas horas no había ni un alma, pero circulaban algunos vehículos y quiso reducir el riesgo de que alguien se fijara en él hasta no llegar a su destino en la plaza de España.

—Palidez, paliza, pandemia, pánico...

Dejó atrás el palacio y bajó los largos tramos de escaleras junto a las fuentes. Tropezó varias veces y a punto estuvo de volver a caerse. A cada paso, notaba como la debilidad se apoderaba de él, la somnolencia. Se le estaban acabando las fuerzas.

—Paradoja, paraíso, paranoia, parásito...

Recorrió Reina María Cristina envuelto en sombras, dando tumbos. Sin aliento, haciendo eses a causa del empuje de la ventada, vio que empezaba a amanecer. Se dijo que ya faltaba poco.

—Pareja..., paria, pasión, pasivo, patán...

Atravesó las Torres Venecianas y desembocó por fin en la plaza. Redujo la marcha y respiró con alivio. Enfrente estaba el hotel; a la derecha, la comisaría de los Mossos. Se dirigió hacia allí arrastrando los pies.

—Patético, patíbulo, pavor, pecado, pena...

No pudo más y se desplomó sobre los escalones de la Fira, a cincuenta metros en diagonal de su objetivo. De su refugio. Dos agentes, portando armas largas y chalecos antibala a causa del nivel 4 de alerta terrorista, flanqueaban la entrada. Y dos furgones azules de la Brigada Móvil, aparcados en la acera, protegían el edificio.

—Penitencia, perdedor, perdonar...

La luz fue aumentando de intensidad. Esperó. Necesitaba recuperar el aire. Unos instantes, tan solo unos instantes antes de reanudar su camino.

—Per... perturbado, per... perversión, pie... piedad...

El tráfico se intensificó por momentos, así como los peatones que surgían como hormigas por las bocas del metro. Una mujer pasó cerca de él. Vio a un joven desmayado sobre los escalones, descalzo, vestido con sudadera gris y tejanos. Las grandes manchas de color granate casi negro en toda su ropa. El hilo rojo brillante que le caía de la frente resbalaba por su nariz hasta la barbilla y de ahí al pecho en un constante goteo. Gritó a pleno pulmón. Pero sus voces se las llevó el vendaval. Lo señaló y volvió a gritar. Hizo gestos de socorro hacia los Mossos sin dejar de pegar gritos. Dos agentes bajaron de uno de los furgones y se acercaron a la carrera, las armas en ristre.

—Pi... piedra... —exhaló el joven.

Y perdió el conocimiento.

El grupo de ancianos, envueltos en un albornoz y con su correspondiente gorro de silicona, se apiñó en la orilla para contemplar el espectáculo del mar embravecido. Uno de ellos señaló no muy lejos, en dirección a un hombre de considerable altura, delgado, ancho de espaldas y el pelo revuelto por el aire, quien parecía dispuesto a meterse en el mar.

—¿Está loco o qué? —dijo—. ¿No ve el temporal?

—Es un guiri, seguro.

—Uno de esos inconscientes.

—Y está borracho, lo que yo te diga —comentó una anciana con voz de cazalla—. Ese sale de una juerga y no tiene ni pajolera idea de lo que se hace.

—Sí, y luego pasa lo que pasa —concluyó un tercero.

—Malditos guiris —soltó el de más edad—. Lo invaden todo con su mierda por cuatro perras y se creen los amos del mundo.

El grupo asintió en silencio, con gravedad. Eran socios del Club Natació Barceloneta, además de vecinos del combativo barrio, y cada mañana al amanecer, antes de que la playa fuera invadida por los turistas, se enfundaban sus trajes de baño y llevaban a cabo su rutina de nadar. Los trescientos sesenta y cinco días del año, con lluvia o sol, frío o calor. La única excepción era cuando había temporal de viento y el estado del mar, con sus corrientes traicioneras, desaconsejaba su hora de natación diaria, como aquella mañana. Entonces, tras comprobar en la orilla por sí mismos la imposibilidad de mantener su hábito, aguardaban unos minutos por si la situación tenía visos de cambiar y, a continuación, enfurruñados por no poder hacer ejercicio, regresaban al club, se daban una ducha fría y volvían a encontrarse en el bar para tomar un copioso desayuno y jugar partidas de dominó hasta el mediodía. Su costumbre estaba marcada por dos particularidades. La primera, a ellos no les servían de nada las banderas de señalización; a su edad, y con su experiencia, ya se consideraban mayorcitos como para distinguir si había o no mar de fondo y el grado de peligrosidad. Y la segunda, jamás se zambullían en la piscina del club. A pesar de que sus edades sobrepasaban con creces los setenta, e incluso los ochenta, la consideraban cosa de viejos. No les gustaba bañarse en un recinto con agua cercada, preferían el mar abierto. Y si no podía ser, lo dejaban para otro día, pero nunca contravenían su norma.

—Ese se mete —afirmó uno con rotundidad al ver que empezaba a quitarse la ropa.

—Y su cuerpo aparecerá en Menorca.

—Eso si lo encuentran.

—¿Cómo se puede ser tan estúpido? ¿No sabe que cuando sopla *mestral* no hay nada que hacer?

—*Maco*, ese tío está como una cabra.

—Para que lo encierren.

—O es un suicida... ¿No deberíamos hacer algo?

—Chata, allá cada uno con sus decisiones.

—Ni suicida ni hostias —zanjó el de más edad—. Yo a ese lo tengo visto de otras veces. ¿No os suena?

—Yo no le veo la cara.

—Ni yo, pero fijaos en su altura —insistió el hombre. Se llevó una mano a la frente para hacer visera—. ¿No es ese policía? Ya sabéis, el que vive en el barrio y se baña cada día en pelotas delante del Santa Marta.

—*Rei*, tú lo que eres es un mirón —se burló una anciana.

—¡Ahí te ha dado! —coreó otra.

Mientras el resto del grupo se echaba a reír, el hombre alto acabó de desnudarse y empezó a caminar hacia el mar.

—Al menos nos da una alegría para los ojos —celebró una.

—Además de inconsciente, exhibicionista —dijo el más viejo—. Yo no pienso avisar a los de Salvamento. *Que es foti*.

—Envidioso, eso es lo que eres.

Observaron cómo se adentraba despacio en el agua, sin titubear ni hacer aspavientos por las salpicaduras, las olas chocando contra sus piernas. La fuerza de la resaca dificultaba su avance y todos contuvieron la respiración.

El hombre se detuvo un instante, y se zambulló.

2

Milo comenzó a nadar con suavidad hacia lo hondo, a favor de la corriente. Sabía que era una insensatez lo que estaba haciendo, pero no le quiso dar vueltas. El mar agitado lo atraía como un imán. Cuando no estaba como un lago, le resultaba imposible resistirse al desafío de enfrentarse con él en un mano a mano: el mar, con su potencia descomunal; él, solo con la fuerza de su determinación. Era una forma de ponerse a prueba, de medirse contra un rival realmente poderoso. Y salir entero. Aunque también sabía que no se podía ganar siempre. Sin embargo, aquello aún lo atraía más. Le hacía sentirse vivo. Real.

Además, nadar lo ayudaba a pensar.

Era el único momento del día en que podía permitirse el lujo de dejar la mente a sus anchas, sin cortapisas, y le daba igual que lo hiciera de manera caótica, como si su cerebro, al igual que un perro liberado por fin de la correa, se lanzara a correr alborozado de aquí para allá sin ataduras, sin orden ni concierto. Pensamientos deshilvanados y espontáneos; algunos, archivados en lo más profundo de su memoria; otros, recientes; obsesivos o inocentes, plácidos o tensos, ilógicos o racionales, a veces claramente alucinatorios y otros, en cambio, de un realismo monocromo y lineal. Tenía la sensación de que su mente realizaba las sinapsis por su cuenta mientras él, disociado por completo, se limitaba a hacer

una actividad más prosaica, como nadar. En alguno de sus libros de autoayuda había leído que esto se debía al hecho de hallarse en un medio como el agua. Claro que uno no se podía fiar de todo lo que leía en un libro de autoayuda.

Cambió de dirección hasta situarse en paralelo a la línea de la costa, ahora contra la corriente. Tuvo que empezar a emplearse a fondo. Acompasó la respiración y procuró adoptar un ritmo constante. Notó la energía, aquella abrumadora fuerza en su contra, y por momentos se sintió eufórico, capaz de cualquier cosa. Mantuvo la cadencia de brazos y piernas. Según sus planes, en unos veinte minutos volvería a cambiar de rumbo para encarar tierra firme, la auténtica prueba de fuego. Tampoco era cuestión de cometer ninguna locura. «¿Por qué a ti?» Su cerebro le repitió la pregunta por enésima vez. No hizo caso y siguió nadando. «De entre todos los tipos que había en Biarritz, ¿por qué ella tuvo que escogerte a ti?» Apretó los dientes y continuó braceando a un ritmo constante. A pesar de no creer en oraciones, rezó para que su mente pensara en otra cosa, la que fuera con tal de acallar aquel asunto. Avanzaba metro a metro, no podía debilitarse ahora con cuestiones que no tenían respuesta. «El mendigo.» La palabra estalló en su cabeza. «¿Por qué no corrió el mendigo?» Revivió la escena. En las Ramblas, la locura desatada al paso de la furgoneta. La gente corriendo despavorida, tratando de huir presa del pánico por las pequeñas calles adyacentes. Y en una de ellas, un mendigo sentado en el suelo, junto a la pared, la cabeza hundida entre las rodillas. A sus pies, un cartón pidiendo dinero. Alguien en plena huida lo tumbó. El griterío era ensordecedor. Todos corrían calle abajo. El terror. El hombre, al margen de la tragedia que ocurría en torno, se limitó a recolocar el cartón en su sitio y luego, con una parsimonia escalofriante, hundió de nuevo la cabeza entre las piernas encogidas. Indiferente a todo. «¿Por qué no huyó?» Milo no podía alcanzar a comprender-

lo. Era capaz de asumir el punto de vista emocional de casi cualquiera, empatizar; pero no lo lograba con aquel hombre. «Porque no siempre es posible.» Las palabras rebotaron en su interior. «Y tú no eres infalible.» Aquello lo descentró unos instantes, perdió el ritmo de batida y se detuvo.

Sacó la cabeza del agua. Boqueando, miró desconcertado a su alrededor, las olas chocando contra la cara, los vaivenes del mar dificultando la toma de aire. Se puso de espaldas, extendió los brazos e hizo el muerto.

En el cielo, ni una nube.

Y en su pecho, la amargura. Una amargura fría. Negra.

Aquella verdad lo atravesó como un punzón de hielo. Había fallado en el caso Gotha, un caso de perfil alto. Ivo Parés y Mónica Morera, un matrimonio de millonarios, ambos en la treintena, relacionados con las familias que ostentaban el poder. Una juerga sexual en un yate, exceso de drogas y alcohol. Una chica asesinada. En el juicio, fue declarado culpable un empleado de los anfitriones, un joven senegalés con antecedentes por tráfico de drogas que trabajaba de camarero en la fiesta. El matrimonio fue declarado no culpable por falta de pruebas. El peso de sus apellidos, el morbo a todas horas en los medios, el mejor bufete de Barcelona como defensa y las prisas por cerrar el caso, hicieron el resto. Si solo hubiera dispuesto de más tiempo... Intentó convencer al juez de instrucción, persuadirlo para que no cerrara el sumario. En balde. Tenía la certeza de que ambos eran culpables, pero una cosa era saberlo y otra poder demostrarlo. Aquello lo torturaba hasta la obsesión. Porque también sabía que volverían a hacerlo. Todas las señales se lo gritaban, y no podía desoír-las. Habían gozado con la experiencia. Pudo leerlo en sus caras durante los interrogatorios y cuando salieron de la sala de los juzgados. Tenía grabadas a fuego sus expresiones. De arrogancia, de saberse intocables. Se habían ido de rositas porque él no había podido hacer

bien su trabajo. Y como premio, le habían ordenado tomarse unos días de vacaciones tras la denuncia por acoso que interpusieron en su contra después de descubrirlo vigilándolos. ¿Un par de semanas de vacaciones? ¿Quién las necesitaba? Como si la distancia y un cambio temporal de escenario pudieran hacerle olvidar su responsabilidad en un caso mal cerrado. No había hecho bien las cosas y nada ni nadie podrían convencerlo de lo contrario. No se puede ganar siempre, le dijo su compañera, la subinspectora Mercader, al terminar el juicio. Y desde entonces, la impotencia de la espera. A que un día apareciera otra víctima inocente pagando el precio de su ineficacia.

Una ola le golpeó el rostro y tragó agua.

Pugnó por inhalar aire, equilibrar la respiración. No podía seguir en aquella posición. Si permanecía quieto por más tiempo la resaca haría el resto. «No eres infalible.» Inspiró con hondura y volvió a ponerse boca abajo. Arrancó a nadar en dirección a la orilla, primero con suavidad para luego aumentar poco a poco la cadencia de las brazadas. «Y ahora has cambiado.» Notó la fuerza en su contra, como si lo empujara un portaaviones. «Ya no eres el mismo.» Echó una ojeada a la costa entre dos respiraciones. Se había alejado, la corriente lo había arrastrado mar adentro. Demasiada distancia. «Has perdido.» Maldijo aquella voz. El enemigo interior siempre a punto para sabotearlo.

—Capullo, esto no ha terminado —gruñó.

Aplicó todos los recursos que conocía. Constancia, serenidad, concentración. Los músculos de brazos y piernas comenzaron a protestar. Las notas a piano de la *Chacona en do menor* empezaron a sonar en su cerebro. «¿Por qué te escogió a ti?» Ella en su habitación del hotel en el País Vasco francés, desnuda, sentada a horcajadas sobre él, la espalda arqueada, su expresión de placer. Sintió un movimiento en la entrepierna. La irrealdad de la escena lo empujó a nadar con mayor

determinación. «¿Por qué tuvo que elegirme precisamente a ti?» Mientras se adueñaba de él la absurda idea de que los minutos se transformaban en horas, sintió el pinchazo del pánico. Ahogarse no entraba en sus planes; al menos, no de momento. Siguió nadando. La euforia había desaparecido y su lugar lo ocupaba ahora la ansiedad de terminar cuanto antes con aquella locura. ¿Medirse con el mar? ¿A quién se le ocurría tamaña idiotez? «A un completo gilipollas.» Sus fuerzas empezaron a escasear. Acortaba la distancia poco a poco, pero aún se hallaba demasiado lejos. Trató de concentrarse únicamente en hundir cada brazo en el agua, impulsarse lo justo y batir las piernas como un motor diésel, con calma, incansable.

—No vas a poder conmigo —resopló—. No podrás.

Continuó bregando contra la corriente durante un lapso de tiempo que se le hizo interminable. Al cabo, calculó que pronto podría hacer pie. Se propuso contar cien brazadas y haría el primer intento. Todavía no. Cien más. Tampoco. Cien más. Notó cómo rozaba la arena. Las últimas cien. Asentó los pies, por fin, y dejó de nadar. Ya solo quedaba caminar hasta la orilla. La resaca tiraba de él con fuerza. Tambaleándose, hizo un último esfuerzo, las piernas entumecidas, moviéndose con pesadez.

Salió del mar a cuatro patas y se desplomó sobre la arena.

Exhausto, se puso boca arriba para recuperar el aliento, los brazos en cruz, el pecho subiendo y bajando.

Unas sombras se cernieron sobre él.

—*Collons*, ¿se puede saber qué pretendías? —dijo una mujer con voz de cazalla—. ¿Pescar ballenas?

El inspector Milo Malart, del Grupo Especial de Homicidios de los Mossos d'Esquadra, no respondió. Con los ojos cerrados, intentaba insuflar aire a sus pulmones. Las articulaciones le pesaban como losas y el corazón parecía querer saltarle por la garganta. Pero lo peor era el dolor, como si un bisturí le sajara cada célula de su cuerpo.